

Capítulo 3: Los lobos

Las estrellas brillaban por su ausencia en aquella oscura y mansa noche. El fuego ardía sin pudor, escupiendo chispas en leves restallidos de astillas quemadas. Derren eructó y comprobó que su aliento olía a pescado, tal y como sospechaba. Al final, el grandullón había tenido razón, en cierto modo. No había sacado ni medio penique por la pesca. Había preferido saciarse, y de todos es sabido que nadie se sacia con medio penique, de modo que se sintió afortunado.

Se quedó un tiempo esperando, escuchando el crepitar de la hoguera y el zarandeo de las hojas que la llegada del otoño empezaba a arrugar. Cavilaba en las trampas que tendría que preparar para atrapar a un monstruo que jamás había visto. Pensó en por donde andarían ya los otros cazadores. Habían desembarcado el día anterior, pero Derren había postergado el viaje hacia Drengs. El calvo, el tostado y el espárrago habían partido juntos. Derren no imaginaba viaje más insoportable.

Él viajaba solo. Desde sus inicios como cazador, la soledad era su mejor compañía. La soledad no pedía aburridas conversaciones o agobiantes silencios. Ella no pedía explicaciones cuando se cambiaban los planes. No comía, no enfermaba, no se rezagaba, no roncaba, no moría ni había que enterrarla. La soledad no le traicionaba nunca. No había mejor compañera, pues, que la soledad. Dígase algo de Derren Zancadilla: era un tipo solitario.

Cuando la hoguera se extinguió por completo convirtiéndose en un amasijo de ceniza gris, el cazador metió sus cosas al abrigo de su viejo macuto y se puso a caminar en el relente de la noche. Hacia la boca del bosque. Hacia el siniestro ulular de un búho, dueño y señor del robledal. Hacia los escalofriantes aullidos de los lobos silvestres, amos de la noche. Hacia el norte.

Cazar de noche siempre le había resultado más fácil. De día, las presas son difíciles de encontrar, se esconden y permanecen holgazanas en sus diversos refugios. Pero cuando la luna comienza a surcar el cielo, el bosque despierta: los grillos chirrían, los lobos aúllan, los árboles susurran. Sí, a Derren los bosques siempre le habían parecido más vivos de noche. Cuando las presas venían a él sin que tuviera que molestarse en buscarlas. Bastaba con escuchar y ser paciente. Bastaba con oler a carne. Bastaba con exponerse y esperar.

El bosque rezumaba un aire húmedo. El suelo estaba formado por una mezcla de barro y hojarasca donde sus botas se hundían levemente en cada pisada. Huellas. Hojas rotas. Rastros. Derren sabía que los demás cazadores habían pasado por allí. Y ni siquiera hizo falta que se agachara para identificar las huellas de un solitario jabalí. Seguramente moriría en breve, pues era en otoño cuando estos animales peleaban por establecer sus dominios. A Derren le habría gustado darle una muerte más honorable, pero ya había comido y no había tiempo para cazar jabalíes.

A medida que avanzaba por el tupido corazón del robledal, los troncos se hacían más gruesos, las ramas aparecían más altas y las raíces que brotaban de la tierra se arqueaban por un sendero apenas visible. El viento agitaba el follaje y mecía ligeramente las ramas. Los grillos hacían coro a un infatigable búho solista dueño del vasto territorio. Derren no descuidaba el oído, y llevaba un buen rato sin oír los aullidos de los lobos. Para cualquiera habría sido una señal preocupante.

Derren podía hacer frente a un lobo silvestre con los ojos cerrados. A dos. Incluso a tres si abría un ojo. Pero no tenía ninguna gana de enfrentarse a una manada. Sin embargo, los sentía.

Sabía que cada paso que daba lo acercaba a ellos. Que lo esperaban. Que lo acechaban desde la oscuridad. Arrugó la nariz. Aún no olía a lobos, de hecho, olía a humano.

Un pequeño claro se abrió ante él. El leve crujido de las ramitas bajo sus botas se mezcló de pronto con el zumbido de las moscas. El olor era más fuerte. Humano. No había duda. Sus pasos se detuvieron frente al cadáver. Era el grandullón. No pudo adivinarlo por la cara, pues ya no se parecía a una en absoluto, pero sí por su estatura y los harapos rasgados que en su día fueron el noble jubón de cazador. Vencido por una manada de lobos. ¿Qué habría sido de los otros dos?

Gruñidos. Ya no había vuelta atrás. Se acercaban. Despacio. Los sentía. Ahora sí. Los olía. Olía a piel. A pelo. A barro. A bosque. Derren se llevó la mano a la espalda y agarró el mango de su catana. Quieto. Mudo. Alerta.

Siguieron los segundos de tensión. Segundos en los que las semillas de la adrenalina empezaron a brotar desde lo más hondo de sus entrañas. Ese inevitable cosquilleo que tanto le gustaba. Eso que lo mantenía vivo desde que comenzó sus andanzas como cazador. Oía cómo se resquebrajaban las hojas secas con las pisadas de los depredadores. Contó ocho. Y Derren sabía contar incluso hasta tres mil. "Tres mil escudos de plata".

De pronto, una sombra se abalanzó sobre él. El sonido metálico venteó en su oreja al desenfundar el arma. Rápido como el rayo, Derren se echó a la izquierda mientras lanzaba una estocada en diagonal. El helieno se hundió en el cuerpo del lobo como si fuera un flan de huevo. Sin soltar el sable, el cazador pegó un salto a la vez que giraba sobre sí mismo. Dos pares de ojos furiosos se lanzaban sobre él de frente. Oyó a otro lobo acercarse por el costado. Tres contra uno. De peores embrollos había salido. Dibujando un giro de ciento ochenta grados, la catana rebanó la cabeza de los dos animales y Derren rodaba por el barro y los charcos de sangre de sus dos víctimas.

Al darse cuenta de que había mordido el aire, el lobo que había atacado por el costado derrapó y sus patas corrieron de nuevo hacia el cazador. Exactamente como él esperaba. Ni siquiera le prestó atención, fue un golpe casi inconsciente. La catana ensartó al animal por el vientre mientras localizaba a los cuatro que quedaban. La presa aulló agudamente. Derren retiró la hoja y agarró a la criatura por el pescuezo.

Era marrón oscuro, de hocico negro y fauces afiladas y amarillentas. No era especialmente grande. Y en ese momento no le pareció en absoluto fiero o amenazador. Sus ojos color madera parecían suplicar, y el sonido que emitía se asemejaba al lloriqueo de un cachorro.

– ¡Diles que se larguen! –rugió en mitad de la noche.

El animal aulló en una especie de llanto lobuno. La sangre brotaba a borbotones de su herido vientre. Moriría.

Oyó cómo las otras cuatro criaturas se metían de vuelta en la maraña vegetal, alejándose con premura y discreción. Satisfecho, el cazador sonrió. Soltó al lobo herido. Este cayó a sus pies y quedó de costado, descansando sobre su propia sangre.

En otros tiempos, Derren lo habría salvado. Habría cosido la herida con hueso y tripa y le habría aplicado algún mejunje improvisado con lo que tuviera a mano en el bosque. Pero ya no. También habría podido cortarle el cuello y acortar su sufrimiento. Pero ya no.

Dígase algo de Derren Zancadilla: no tenía clemencia para con sus presas. Ya no. Por eso lo dejó ahí, muriendo junto al cadáver del cazador que había matado.

